

CINES DE VERANO: UN LARGO ADIOS

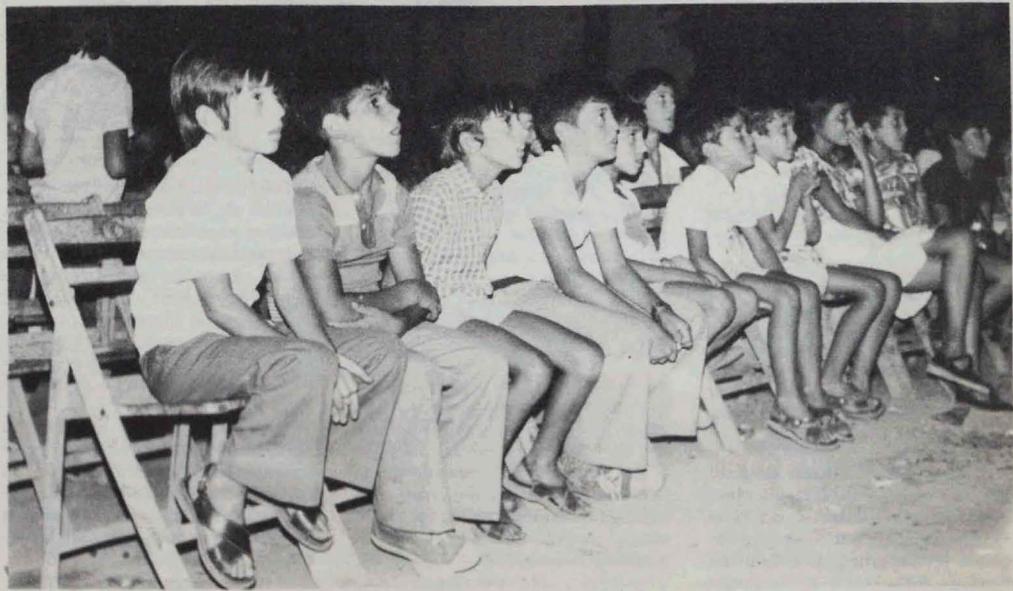
CUANDO tantas manos se agarran a las asas del puchero cultural andaluz para observar qué se cuece dentro, extraña que uno de sus ingredientes más olorosos haya pasado desapercibido, porque ni el sociólogo, ni el crítico o el aficionado al cine han llegado a valorar suficientemente al elemento más peculiar que nuestra región ha aportado a la cultura cinematográfica, cual es el cine al aire libre o cine de verano. Aportación, es claro, de carácter difusor, no creativo y quizá por ello relegada u olvidada. Injusto olvido si se piensa que el cine de verano ha supuesto el acercamiento más extenso hecho al público, incluso en los lugares más apartados, por ninguna manifestación artística, tanto en Andalucía como en alguna provincia limítrofe. Bastaría con ade-

lantar que en los años cincuenta, Sevilla capital logró contar con más de cincuenta de estos locales.

LOS COMIENZOS DE UNA GRAN CARRERA

Conviene recordar cómo las primeras proyecciones cinematográficas, los llamados *cuadros*, se iniciaron de esta forma *sui generis* apoyada en nuestra coyuntura climatológica estival. Ya la Sevilla de primeros de siglo fue testigo de cómo una máquina apostada en el Ayuntamiento reproducía las primeras imágenes sobre un telón situado en

un edificio existente donde hoy se levanta el Banco de España. No hacía falta más propaganda, un arte tan imaginativo como es el cine (o al menos lo era hasta hace algún tiempo) fue aceptado inmediatamente por el andaluz, que si algo le ha sobrado es precisamente imaginación, por lo cual en los años siguientes, durante el verano, ya funcionaba con éxito en la misma Plaza Nueva un «cinematógrafo» que podía permitirse el lujo de cobrar una *perra chica* por las sillas delanteras y una *perra gorda* por las situadas más detrás. Eran la *general* y la *preferencia* del futuro. Una escueta valla cerraba el recinto, tras la que se colocaban los curiosos y sin dineros como asimismo la chiquillería que adelantándose al mito de Tarzán se gateaban por palmeras y fa-



rolas para contemplar las primeras películas de series.

A partir de este local improvisado, que con reformas duró hasta el mismo año 36, en los años siguientes los cuadros figuraban en los locales veraniegos donde actuaban las murgas; así en la murga de Regaera y Bernal del Prado, donde por diez céntimos se podía tomar sentado en una mesa una gaseosa y ver la actuación. Igualmente, en la murga existente en el Paseo Colón, junto al Puente de Triana, en el lugar que hoy ocupan unos jardincillos. El cine, primero como complemento de estos espectáculos y luego por sí solo, fue introduciéndose a través de este medio que le dio particular forma y sentido.

No hay que olvidar que el hecho de «tomar el fresco», bebiendo una cerveza o una gaseosa y comiendo un trozo de tortilla o una rueda de pescado frito mientras se escuchaba a una murga, a un caricato o a una tonadillera, ha sido determinante de esta forma de exhibición del cine. Por eso los cines de verano no son sólo locales al aire libre de proyección cinematográfica, sino que son algo más porque sociológicamente han supuesto la prolongación de un modo de diversión estival, propiamente de esta tierra. En definitiva, el cine de verano aprovechó toda la infraestructura creada por las murgas y otros espectáculos estivales, compartiendo con ellos la cartelera incluso cuando muy posteriormente era el centro indiscutible de la diversión veraniega; no es raro, por tanto, que sirva de marco para festivales de flamenco, de canción andaluza, bailes populares y también de combates de boxeo y lucha libre.

LA EDAD DE ORO

Tras la guerra se inicia la época dorada de los cines de verano, los locales se multiplican y favorecidos por la desaparición de las murgas y el cierre de los cines de invierno se convertirán en casi la única diversión veraniega. Es la época de CIFESA y la gente acude para ver a Estrellita Castro, Amparo Rivelles, Lola Flores o Alfredo Mayo. Pero será el aluvión de películas americanas, los *thrillers*, que encajan perfectamente en las circunstancias del cine de verano, las que situarán a



este en la década de los cincuenta en su más alto cénit. Y esto es así por tres razones: primero porque son películas que por su simplicidad narrativa son fácilmente comprensibles a pesar del cúmulo de elementos adversos (charla, ruidos, gentes levantándose...); segundo porque representan al cine de acción y la consolidación de los géneros cinematográficos, es el cine

de guerra, de espías, de «amores» y sobre todo es el cine del Oeste (lo de western vendrá más tarde); tercero, es el cine de las «estrellas», los artistas, Glenn Ford, Tyrone Power, Sofía Loren o Ava Gardner representan el paraíso soñado.

Son los años en que parece que haya un cine de verano en cada esquina, son los cines de paredes encajadas adornadas con franjas rojas, azules o verdes, llenos de macetas pintadas de todos los colores imaginables, con una capa de albero recién regado como suelo. Existen cines de y para todos los gustos, desde los coquetos y retocados, como el bellissimo San Sebastián, en el Prado, todo pintado de azul claro, cuya iluminación estaba constituida por bolas de cristal blanco de diferentes tamaños y donde se tomaba una riquísima horchata, hasta los cines de barrio, como el Alfarería, en Triana, con aire de corral sevillano y con cómodos butacones de mimbre como asientos.

El público que los llenaba noche tras noche era de lo más heterogéneo, un público entre el cual no era extraño ver a hombres en camisetitas o en chaqueta de pijama, y a mujeres con pinzas o rulos en la cabeza. Eran como un desafío a la paternidad del movimiento neorealista.

Es el cine de nuestra infancia, el cine de las pipas, los polos, los cortes... Es el cine de las primeras pandillas sin preocupaciones colegiales, y que ofrece el pretexto de volver a casa a horas prohibitivas en otras épocas.



EL OCASO DE SU ESTRELLA

Se dice que el cine es la diversión de los años difíciles, quizá sea en parte verdad, pero lo que sí es cierto es que al cine de verano el desarrollo económico del país le ha jugado una mala pasada. Primero

ción de los fines de semana y la capacidad de movimiento (el fresco ya se podía tomar tras un paseo en una venta de carretera). También nos trajo el auge de la *construcción*, con la subsiguiente desaparición de los solares donde antes se alzaban cines de verano que habían sido promovidos por un afán especulativo del suelo que ocupaban.

Todas estas adversidades origina-

del cine de verano dejan de hacerse; la eficacia artesanal es sustituida por el subgénero y las pantallas se llenan de *landas*, *western spaghetti* y últimamente de «chinos»; los nuevos horarios de verano que padecemos han actuado como puntilla final: los cines se ven obligados a retrasar sus sesiones en una hora, con lo cual se encuentran en la disyuntiva de programar una única función, que les resulta antieco-



fue la *refrigeración*; a finales de los años 50, los carteles de los cines de invierno se cubrieron de pingüinos y paisajes polares, cantando las excelencias de los sistemas de refrigeración Carrier o Baviera, y donde se podía echar una siesta más fresquito que en la propia casa. Variada programación y precios módicos hacían el resto, ¡terrible tentación! Después, a partir del 63, fue la *televisión* la que estrechó el cerco; se cambió el cine de verano por el televisor en el patio o la terraza.

Pero estos palos no vinieron solos porque ese mismo desarrollo trajo el coche, y con él, las salidas del público a las playas, la apari-

ron una lenta desaparición o, en el mejor de los casos, el éxodo, los cines de verano recogían sus tientos y un año aparecían en un sitio, al año siguiente en otro, hasta que sólo los más tenaces acababan subsistiendo en las barriadas periféricas, lejos de la competencia de los locales refrigerados.

El cine de verano, que en estos años fue perdiendo sus entrañables formas y maneras, se vio últimamente sorprendido por nuevas calamidades: la crisis del cine americano y el ocaso de Hollywood como centro de producción cinematográfica provocó la desaparición de los géneros, las películas que constituían la base de la programación

nómica o a que la última se prolongue hasta muy tarde, por lo que tendrá poca asistencia y provocará las mismas consecuencias económicas. Es el callejón sin salida de la copla.

Triste atolladero de esta especial *cinemateca*, a la que el aficionado al cine tiene tanto que agradecer. Los cines de verano, atrincherados en sus últimos reductos, aguardan su final sin la esperanza de que venga el *Séptimo de Caballería* a salvarlos. Se cumplirá la frase «entre todos le mataron y él solito se murió».

Rafael RUIZ